

Donostia

(Para Gabriel Celaya y Amparo Gastón)

I

EL PEINE DE LOS VIENTOS

*AZOTA el vendaval y la galerna
afila garfios, púas que defienden
desde rocas la playa adormecida.*

*Una mano de herrero esculpía
los circulares dedos que despeinan
las ráfagas violentas o la bruma.*

*Con la nuestra palpamos las argollas
que no encarcelan nunca, pues liberan
al aire, prisionero, de lloviznas.*

*Gigantescos, los hierros —como garras
que surgen defensivas, poderosas—
de un gran nombre son firma justiciera.*

*Acantilados salvan de huracanes,
cabelleras malignas de los vientos
que calman y repeinan en la noche.*

II

DOS SILLAS EN LA PLAYA

*DESOLADAS y blancas, transparentan
el mar gris y la bruma silenciosa.*

*¿Los amantes buscaron el consuelo
de una abrigada casa con vidrieras?*

*No ha expirado el verano todavía.
Habrá días de sol y azules olas.*

*Se estrechará el abrazo que hoy desune
la tarde melancólica y lluviosa.*

*Sin soledad, ya juntas, enlazadas,
propiciaréis los besos impacientes.*

*Subirá la marea... Sin naufragio,
os ampara el ardor de los amantes.*

*Una casi las dos, aún sin algas,
desafiando la mar sin un sollozo.*

No hay en él nihilismo poético. Tampoco una apología plena de lo absurdo. Una comprensiva sonrisa para todo lo humano es la clave íntima —y última— de su poesía.

Un libro de Celaya que estimo especialmente es su shakesperiano *Lo demás es silencio* (1952). Porque en él se siente ser el Protagonista —el hombre pensante, lleno de dudas— de un drama en que el pueblo es el Coro, en ritmo de oleaje marino, en ritmo de constante trabajo, y en el que el Mensajero exige más conciencia, pidiéndole que no sea un raro, "un único y precioso atormentado" y que, en cambio, sea "hombre vulgar y así, sagrado". El Protagonista, arrastrado por humana ternura, quiere ser en los otros y por ellos morir. El Mensajero —'ángel' helénico— anima a salvar la alegría en un mundo de justicia y de trabajo en que todos construyan "con gloria lo concreto". El Protagonista cierra el poema con una serena aceptación final.

En otros libros, Celaya proclama en voz alta lo que todos callan:

*Ser poeta no es decirse a sí mismo.
Es asumir la pena de todo lo existen* /te,

es hablar por los otros.

Y mientras quede un hombre cantando —el poeta— aún habrá esperanza para todos. (Yo creo lo mismo.)

Finalmente, otro libro celayano que prefiero es *Cantos Iberos* (1954). En él, me emociona de modo particularísimo, el poema "A Sancho Panza", poema —más que escrito— balbucido con ternura: Sancho, simbólicamente, es tierra, es patria, es pueblo, es santo. (Comulgo con esta valoración mística, desde mis primeras lecturas 'conscientes' del Quijote.)

Ejemplar poesía la de Gabriel Celaya: poesía caudal, vasca, ibérica, española y universalísima, en la que el amor y el dolor se entretejen y abrazan con la esperanza.



III

AKELARRE AZUL

*UN aire alegre y claro brilla fuera,
en este Igueldo azul y el mar redondo
donde las velas son petreles blancos.*

*Sonríe la mirada, el ser respira
una oración y canto soleado.
Esta hora fugaz parece eterna.*

*La vida es dulce, dueña de sí misma:
es éxtasis pequeño, gozo puro
de tanto mar azul y primigenio.*

*Ninguna sombra duele en la memoria.
Cree el alma que todo es mediodía,
cenital plenitud de la existencia.*

*El tiempo no amenaza pues transcurre
con libre aceptación de la mirada
que en el azul encuentra su universo.*

*Y canta el corazón en esta esfera
-"Akelarre" la llaman- transparente,
que mira siempre al mar desde la cima.*

CONCHA ZARDOYA